

LA ACCIÓN SALVADORA DE DIOS EN ABRAHAM Y LOS PATRIARCAS

ABRAHAM: Bendición, promesa y alianza

Prof. José Ramón Busto Saiz

Aula de Teología
26 de Octubre de 2010

1. INTRODUCCIÓN

Bendición, promesa y alianza son, probablemente, los tres conceptos teológicos más significativos en el ciclo de Abraham en el Génesis.

Como Vds. saben, los 11 primeros capítulos del libro del Génesis están dedicados a la humanidad en general; a partir de los últimos versículos del capítulo 11 se inicia la concreción de la historia de la salvación al pueblo de Israel por medio de Abraham; es decir, se abandona el universalismo de toda la humanidad y se centra en una persona de la que saldrá un pueblo; y ya desde el capítulo 12 hasta el final se desarrollan los relatos en torno a las 4 figuras patriarcales: Abraham, Isaac, Jacob y José, de los cuales Isaac es el menos relevante, pues los relatos de su ciclo tienden a integrarse en los de los ciclos de Abraham y Jacob.

El conjunto de los relatos patriarcales consta de tres desarrollos narrativos y dos genealógicos:

Los capítulos 12 al 25 están dedicados a Abraham. Geográficamente están relacionados con el Sur -Berseba y Judá- y teológicamente con los conceptos de alianza, bendición y promesa.

En el capítulo 25,12-18 tenemos una genealogía y a continuación, del 25,19 al 35,29 encontramos el ciclo dedicado a Isaac, Jacob y sus hijos. Estos capítulos están relacionados geográficamente con el Norte -Betel e Israel- y teológicamente centrados en las teofanías.

El capítulo 36 es otra genealogía y del 37 al final del Génesis se centra en José. Está geográficamente relacionado con Egipto y teológicamente se subraya que Dios lleva las riendas de los acontecimientos.

Excepto en el caso de José, en el que su esposa Asenet es irrelevante, con los otros tres patriarcas, sus mujeres – Sara y Agar con Abraham; Rebeca con Isaac; y Raquel y Lía con Jacob- desempeñan un papel relevante.

Tanto a la hora de hablar de los patriarcas como, en general, a la hora de hablar de cualquier texto bíblico, especialmente del AT, es importante plantearse la metodología con la que se va a abordar la cuestión.

En principio, los relatos patriarcales dan la impresión de ser muy sencillos, de agradable lectura, en los que se nos recogen sagas familiares. Con frecuencia son etiologías etimológicas, es decir, relatos que tratan de explicar por qué existen algunas cosas.

Por ejemplo, en el capítulo 19,30 y ss. se trata de contar por qué existen los pueblos de Moab y Amón, y para ello se narran dos historias en las cuales las hijas de Lot –que había partido de Egipto con su tío Abraham- le emborrachan y, mientras está beodo, tienen relaciones sexuales con él y las dos quedan embarazadas. El hijo de una da origen al pueblo de Moab y el de la otra da origen al pueblo de Amón. Evidentemente, esto se cuenta así para mostrar cuán despreciables son esos pueblos, Moab y Amón, que han tenido un origen tan inmoral.

Estas son sagas etiológicas, es decir, relatos que explican, en este caso, por qué existen los moabitas y los amonitas; y también tiene relación etimológica, porque al primero se le llama *Paterno -de mi padre-*, que eso es lo que significa Moab en hebreo, y al segundo se le llama *Poblano -hijo de mi pueblo-*, que es el significado de Amón en hebreo.

A pesar de ser un tipo de relatos sencillos, la interpretación teológica de estos textos no es fácil. En principio caben dos modos principales de acercamiento:

- El método diacrónico estudia y trata de averiguar cómo se han ido formando estos relatos a lo largo del tiempo¹ para, desde ahí, llegar a conocer qué testimonio histórico dan de los hechos sucedidos.

Esto es lo que ha hecho la exégesis histórico-crítica durante más de dos siglos y medio, fundamentalmente hasta la mitad del siglo XX. Su fruto maduro fue la teoría documentaria clásica que hoy está puesta en duda en muchos de sus aspectos, probablemente porque esta teoría pasó a ser entendida –más que como una hipótesis científica que es lo que siempre ha sido- como una realidad, y no hay que confundir las hipótesis científicas con las realidades; por lo menos no siempre.

- El método sincrónico. Sin negar lo anterior, a partir de la segunda mitad del siglo XX se empieza a emplear otro modo de acceso a los textos, que viene dado por la sincronía, es decir, leer el texto tal como nos ha llegado y lo tenemos, prescindiendo de la historia de su formación.

En mi opinión creo que ambas aproximaciones son importantes, y de las dos nos hemos de valer, pero creo también que la aproximación diacrónica es mucho más rica y nos da una intelección de los textos mucho mayor.

A mí me gustaba repetir en clase la siguiente frase: *Lo que ha sido transmitido por alguna razón ha sido transmitido, y esa razón no es que las cosas pasaran porque otras muchas cosas también pasaron pero no se nos han transmitido.*

Cuando en los textos del AT se nos cuentan las historias de Abraham, Jacob o José, no se trata simplemente de que haya pasado –porque ha podido ocurrir o no- sino que, para entender el texto, hay que descubrir la razón por lo que se nos cuenta aquello. En mi opinión, descubrir el interés por el que un texto ha sido generado y transmitido es el mejor modo de comprenderlo.

¹ Como bien sabemos, ninguno de estos relatos ha sido escrito por un sólo escritor desde el principio hasta el final, sino que se han ido generando a lo largo de los siglos.

Hoy nos vamos a centrar en Abraham porque, evidentemente, no nos da tiempo a hablar de todos los personajes; pero, lo que voy a hacer con el relato de Abraham, se puede hacer con los demás relatos patriarcales.

Si nos fijamos primero en lo sincrónico, es decir, en el texto tal como lo tenemos, los conceptos teológicos son los tres que aparecen en el título del esquema: *bendición, promesa y alianza*.

Probablemente habrán oído decir muchas veces que “Dios ha elegido a su pueblo, Israel”, y que “Dios ha hecho una alianza con su pueblo”, y seguramente pensarán que estas dos frases vienen a significar lo mismo. Sin embargo, a poco que pensemos caeremos en la cuenta de que “elegir” y “hacer una alianza” son dos acciones contrarias. Por ejemplo, si yo elijo a una persona, entre todas las personas que están aquí, ésa es una acción unilateral porque soy yo el que elige, a la persona elegida no le he preguntado nada; mientras que si yo hago una alianza, tengo que preguntar a la persona si quiere pactar, hacer una alianza conmigo. Por tanto, esas dos grandes formas de relacionarse Dios con su pueblo que encontramos en el Israel antiguo, son distintas y, de alguna manera, no se pueden mantener a la vez.

En el AT, Oseas habla de Dios como un amante esposo, que siempre atrae hacia su amor a su esposa, que siempre es infiel. El profeta Oseas se imagina la relación de Dios con Israel como una alianza, un pacto matrimonial, que implica la pregunta y la respuesta; Dios pregunta a Israel si le quiere, e Israel le responde que sí, pero luego adultera con otros dioses, porque es una esposa infiel; pero el esposo, Dios, siempre la perdona.

Ese es el concepto de alianza, mientras que, en el concepto de elección, es Dios quien designa, elige con su dedo, y al hombre no le queda más remedio que aceptar esa elección; Dios elige a su pueblo... Dios elige a David para rey de su pueblo...

Nosotros tenemos la idea de que hacer una alianza y elegir viene a ser lo mismo porque estos dos conceptos, que como hemos visto son distintos, los fusionó el Deuteronomio en su teología deuteronomista, que es la suma de elección más alianza.

La bendición es el concepto de elección cuando se aplica a los patriarcas; Dios le dice a Abraham: *Te bendeciré, haré famoso tu nombre, servirá de bendición, bendeciré a los que te bendigan, maldeciré a los que te maldigan; con tu nombre se bendecirán todas las familias del mundo.* (Gn. 12,2-3) ¿Le han pedido algo a Abraham? No. Es la acción de Dios sobre Abraham. ¿Ha tenido que hacer algo Abraham para merecer esta bendición? No.

Sin embargo, bendición y promesa son los dos conceptos que, en los relatos patriarcales, expresan la teología de la elección. En el libro de J. Vermaylen, *El Dios de la Promesa y el Dios de la Alianza* –publicado en Sal Terrae y que figura en la Bibliografía– aparecen estas dos imágenes de Dios a que vengo refiriéndome: el Dios que elige, que promete, que bendice, frente al Dios de la alianza, que es el que hace un pacto mutuo con su pueblo.

2. HISTORIA

Quizás nosotros tenemos la idea de que Abraham es el patriarca más antiguo y que, por tanto, sobre él se relatan episodios que pasaron en aquellos momentos antiquísimos y que después hubo otros personajes sobre los que se relatan otros episodios que ocurrieron posteriormente; sin embargo, si lo miramos críticamente, esto no es así en realidad.

Por el contrario, en los relatos de Abraham, están reflejadas ya todas las teologías del AT, excepto la última, la de la época helenística. Tenemos reflejada la promesa y la bendición, que es el concepto de elección y también la alianza.

Tanto Abraham, como los otros patriarcas, con toda probabilidad vivieron en el siglo XVIII a.C., la Edad del Bronce Medio en el próximo Oriente. Sin embargo, lo que de ello se nos cuenta corresponde, en su inmensa mayoría, a relecturas teológicas posteriores a esa época; es decir, que sobre los relatos familiares antiguos y sobre esas sagas etiológicas, etimológicas a veces, se ha ido recontando a lo largo de los siglos la historia de Abraham, de acuerdo con el pensamiento teológico posterior y con los intereses sociales, políticos, ideológicos y teológicos que han hecho que ese texto se transmitiera. Como decía antes, cuando un texto se transmite por algo se ha transmitido.

3. RELECTURAS

Me voy a fijar en los cuatro grandes momentos de las relecturas.

A) Relecturas de la historia de Abraham de corte monárquico.

En la teoría documentaria clásica estas relecturas corresponderían al documento Yahvista, que recoge la ideología teológica de la monarquía en el antiguo Israel y en concreto de los reyes David y de Salomón. Probablemente el relato más antiguo sobre Abraham narra la historia de que Abraham sale de su país por orden de Dios y se dirige a Siquem, a Bethel y a Mambré y en cada una de estas etapas levanta un altar y recibe la promesa de que el país pertenecerá a su descendencia. Este relato nace de un interés: las pretensiones de David y de los reyes del Sur de dominar sobre el Norte de Israel y en concreto sobre Siquem, Bethel y Mambré.

Sin duda recordarán, en los relatos de Abraham, la historia de Isaac e Ismael. Sara, la mujer de Abraham es estéril y tiene la promesa de Dios de tener un hijo, pero como no lo tiene, siguiendo una antigua costumbre del antiguo Oriente que tenemos atestiguada en el Código de Hammurabi, Sara entrega a su esclava Agar para que Abraham tenga un hijo con ella, bien entendido que ese hijo, físicamente de Agar, va a ser hijo de Sara, porque lo tiene en su esclava. Pero Dios le dice: *éste no es el hijo de la promesa, éste no va a heredarte*, tendrá que ser un hijo de Sara, cuando Sara tiene 90 años. Evidentemente aquí se nos está transmitiendo una idea y es que Dios hace lo que quiere, y elige a quien quiere.

Lo mismo ocurre con Esaú y Jacob, hermanos mellizos de los cuales el mayor es Esaú, pero al final el que hereda es el pequeño, Jacob.

En Génesis 19,15 y ss. vemos que, de las dos hijas de Labán, la mayor, Lía, es fea y legañosa, mientras que la pequeña, Raquel, es guapa y de buen tipo. Jacob se enamora de ella, pero primero se casa con Lía porque, como las mujeres iban veladas a casarse y hasta que no estaban casados no se veían la cara, el suegro le da el cambiazo y le entrega a Lía en vez de Raquel. Cuando Jacob se queja porque a la que quiere es a la pequeña, Labán le da también a Raquel.

Lo mismo ocurre en el relato de José, el hijo de Raquel, el menor de los doce hermanos es el que acaba siendo primer ministro de Egipto.

¿Por qué entre Ismael e Isaac, el preferido es Isaac? ¿Por qué entre Esaú y Jacob el preferido es Jacob? ¿Por qué entre Raquel y Lía, la guapa es Raquel, la pequeña? ¿Por qué siempre son preferidos los pequeños? Sencillamente, porque Salomón, que es el cuarto hijo, hereda a su padre David. El primogénito es Amnón, pero tiene una relación incestuosa con Tamar, hermana de Absalón quien toma venganza, y mata a Amnón; el segundo es Absalón, que se revela contra su padre y acaba, como dice la Biblia, colgado por la cabellera; el tercer hermano, Adonías, tendría que haber sido el heredero, pero la madre de Salomón, Betsabé, y el profeta Natán traman una intriga palaciega de modo que Salomón, el pequeño, es el que llega a ser rey.

En el fondo se está transmitiendo un mensaje teológico: Dios conduce los acontecimientos donde quiere y como quiere, por encima de toda lógica; lo lógico hubiera sido que reinara el mayor pero Dios quiere que reine el menor.

En el relato de la torre de Babel, estamos ante el mito del hombre que trata de escalar el cielo, de ser como Dios, y Dios tiene que impedirlo porque la condición humana es otra; por eso, cuando empiezan a hacer la torre Dios dice: *Si les dejo seguir nada de lo que se propongan les será imposible* (Gn.11,6). Decide entonces confundir las lenguas de modo que no se entendieran entre ellos. Frente al orgullo del hombre que piensa que lo puede todo, el mensaje que se transmite es que solamente Dios es el que de verdad lo puede todo y puede hacer lo que quiere.

La actuación humana es frecuentemente contraria a la actuación de Dios; por eso es Dios el que tiene que hacer lo imposible –que para él no lo es- para llevar adelante sus deseos.

En el libro del Génesis encontramos el mismo episodio en el que pelagra Sara como esposa de Abraham en dos ocasiones. En la primera (Gn. 12), se nos cuenta que Abraham llega a Egipto con Sara, su mujer –estamos en un mundo antiquísimo en el que las mujeres son propiedad del hombre- y entonces Abraham, que no da ejemplo de mucha hombría, sino más bien de cobardía, dice a su mujer: *Mira, eres una mujer muy hermosa; cuando te vean los egipcios dirán “es su mujer”, y me matarán para quedarse contigo. Por favor, di que eres mi hermana y así no me matarán y salvaré la vida.* Lo que ocurrió es que los ministros del Faraón vieron que era muy hermosa y se la ponderaron tanto que el Faraón se la llevó a su harén. En atención a ella, trataron bien a Abraham, creyendo que era su hermano, cosa que no habrían hecho con el esposo.

Dios había dicho ya que Sara iba a tener un hijo y que ésta iba a ser la descendencia de Abraham, pero éste está haciendo todo lo contrario para que eso ocurra; por su cobardía permite que Sara vaya al harén del Faraón donde, en caso de tener un hijo, será del Faraón y no de Abrahán. Entonces Dios aflige al Faraón y a su corte con enfermedades, con lo cual el Faraón se dispone a averiguar la causa y descubre que ha metido en su harén a una mujer que tiene esposo. Dios entra en acción –porque para Dios nada hay imposible– para salvar su promesa.

En el fondo, todos estos relatos de alguna manera primitivos, tienen detrás una idea, la de la elección. Dios elige, Dios hace lo que quiere; Dios ha dicho que Sara va a tener un hijo, y tiene 90 años... pero Dios lleva las cosas al término que él quiere.

B) Textos de corte profético.

Tras esto, tenemos una segunda serie de lecturas muy distintas, donde comienzan las relecturas en torno a la alianza. Y la alianza se caracteriza porque hay bilateralidad; no es sólo Dios el que hace las cosas, sino que es el hombre el que tiene que querer, tiene que corresponder, tiene que actuar bien. Y por tanto, en estas segundas lecturas, Dios es un Dios exigente con el hombre, que se fija en la actuación y en la moralidad del hombre; es un Dios de la justicia en el sentido de que busca la justicia del hombre; es un Dios al que le importa la libertad del hombre. Al Dios que hemos visto antes no le importa la libertad del hombre, es él el que hace las cosas.

El mismo episodio que hemos contado de Abraham con su mujer en Egipto lo tenemos en el capítulo 20 del Génesis; esta vez ocurre con Abimelec, rey de Guerar, no con el Faraón. De nuevo Abraham le dice a su mujer que diga que es su hermana porque, como es muy guapa, le van a matar para quedarse con ella. El autor bíblico hace aquí unos cambios: en primer lugar no deja mentir a Abraham, quien afirma que Sara es de verdad su hermana, hermana de padre, aunque no de madre, y que por eso la tomó como mujer². Y, en segundo, dice que la llevan al harén de Abimelec, pero Dios interviene avisando a Abimelec que es casada y no le permite tener relaciones con Sara porque eso está prohibido por la ley.

Por tanto, parece que se vuelve a contar el mismo relato, pero en éste se van subrayando los aspectos de la actuación y la responsabilidad humana, del cumplimiento de la ley, en último término del pecado.

Cuando Agar ha tenido su hijo y Sara ha tenido a Ismael, los hijos se empiezan a llevar mal y cada una de ellas empieza a dar la razón al suyo. Tenemos de nuevo dos relatos. En el primero, que es el correspondiente a la elección, Abraham se desentiende: si se llevan mal, que Agar se vaya fuera de casa con su hijo, lo que es injusto, también en el mundo antiguo.

² En el antiguo Oriente los hermanastros de padre podían casarse entre sí; de este modo, el autor nos indica que Abraham no miente al decir que Sara es su hermana, porque es verdad.

En el otro relato, en el de la Alianza, las cosas se cuentan de manera distinta; por eso tiene que aparecer el mismo Dios para decir a Abraham, que no tenga problema y deje que Agar se vaya con el niño, que a éste no le va a pasar nada, y hará de él un gran pueblo. Es decir, se justifica la actuación de Abraham desde un punto de vista de la Ley.

Evidentemente, a estos textos de tipo profético pertenece el texto de Gn 22, el sacrificio de Abraham. Dios le ha prometido un hijo y Dios le pide que sacrifique ese hijo. Probablemente tenemos aquí el recuerdo de cuando se hacían algunos sacrificios humanos y la idea que se transmite es que Dios no quiere los sacrificios humanos, pero, tal como tenemos el texto, es una prueba a la que Dios somete a Abraham para ver su fidelidad: Cuando Abraham va a cumplir lo que Dios le pide, él le dice: *No alargues la mano contra tu hijo ni le hagas nada. Ahora sé que eres temeroso de Dios.* (Gn. 22,12)

Es decir, en estos textos de corte profético lo importante es la actuación moral del hombre. En todos ellos, los patriarcas –tanto Jacob, como Isaac o Abraham– cada vez que Dios les pide algo, contestan: *heme aquí.*

Por tanto, tenemos en los textos unas historias sobre Abraham de corte monárquico, en las que el concepto fundamental es la bendición y la promesa, y otras de corte profético, cuyo concepto fundamental es la alianza.

C) Textos de corte deuteronomista.

Antes he dicho que el Deuteronomio concilia ambas cosas; a partir de la reflexión deuteronomista, el Dios que elige y el Dios que hace la alianza es el mismo. No hay muchas relecturas deuteronomistas en el Génesis, pero sí tenemos algunas.

En el caso de Abraham, recordarán el episodio de Génesis 18,16 y ss., en el que, Dios anuncia a Abraham que piensa destruir Sodoma y Gomorra; Abraham intercede diciéndole: *¿cómo vas a destruir al justo con el impío? Si hay 50 justos ¿los vas a destruir con los demás?* Dios le responde: *si hay 50 justos, no sólo no destruiré a esos 50, sino que perdonaré a toda la ciudad.* Abraham sigue insistiendo: *¿y si hay 40... 30... 20...?* para terminar preguntando: *¿y si hay 10 justos?* Y Dios contesta lo mismo: *si hay 10 no sólo no los destruiré sino que por esos 10 perdonaré a toda la ciudad.* Abraham no sigue, piensa que ya ha insistido bastante porque, ¿cómo no va a haber 10 justos? Evidentemente Abraham se equivoca y sólo uno, Lot –el cabeza de familia– y su familia era justo.

Este relato responde al interés deuteronomista de explicar la destrucción de Jerusalén en el año 586 por parte de Nabucodonosor porque, si Dios había elegido a Israel, ¿cómo puede permitir que Nabucodonosor la destruya?

Es el problema que se tuvieron que plantear los teólogos deuteronomistas. Supuesto que cada pueblo tiene su Dios, si Jerusalén ha sido destruida surge la pregunta: ¿quién es más poderoso, el Dios de Israel o Marduk, Dios de Babilonia? Se han enfrentado Israel y Babilonia y ha ganado Babilonia... luego Marduk es más

poderoso que el Dios de Israel; o ¿es que el Dios de Israel ha rechazado a su pueblo?

Los teólogos deuteronomistas entienden a su Dios como el esposo que, dado que su esposa, Israel, le ha sido infiel, la ha sometido al castigo para que vuelva a él. Según la tesis deuteronomista Yahvé no ha abandonado a su pueblo, sino que, sencillamente, lo ha castigado. El castigo es entendido por los teólogos deuteronomistas como expresión del amor de Dios a su pueblo. El castigo no es una venganza; cuando un padre castiga a su hijo es porque lo quiere, lo educa. Es Yahvé quien ha destruido Jerusalén por medio de Nabucodonosor porque todos los israelitas eran pecadores; no había ni diez justos en Jerusalén. Y este pensamiento sobre la actuación de Dios se traslada a la historia de Abraham y Lot.

Recordarán que a Abraham se le promete un hijo, se le promete una descendencia y se le promete una tierra. Son tres promesas distintas y cada una supone un interés que responde a un momento de la historia del pueblo.

La promesa de un hijo corresponde a la ideología monárquica. Lo primero que quiere un rey es tener un hijo que le herede en el trono; recuerden lo que decía Felipe II, *Dios que me ha dado tantos reinos, me ha negado un hijo capaz de regirlos*. Cuando a Abraham se le está prometiendo un hijo se está reflejando el interés de la ideología monárquica; luego resulta que ese hijo que gobierna es el segundo hijo que adelanta al hijo mayor recordando lo ocurrido con Salomón.

Pero además “se le promete una descendencia”. La descendencia es una relectura deuteronomista; una vez que se destruye Jerusalén y que el pueblo es enviado al exilio, el pueblo de Israel, como ocurrió con otros muchos pueblos, estuvo en peligro de desaparecer. Los asirios, uno de los pueblos más crueles de la historia, deportaron muchos pueblos y muchos de esos pueblos, una vez deportados, se mezclaron con otros y ya nadie supo de ellos, desaparecieron como tales pueblos en la historia. Sin embargo, en los relatos de Abraham, Dios le promete hasta ocho veces la descendencia; una descendencia muy numerosa, *haré de ti un gran pueblo*. Evidentemente es la teología deuteronomista la que está dando respuesta a la siguiente cuestión: ¿desaparecerá el pueblo de Israel una vez deportado o va superará la prueba y se convertirá en un pueblo numeroso?

D) Relecturas de corte sacerdotal.

Son los textos posteriores al exilio. Hay que tener en cuenta que el Pentateuco, tal como lo tenemos nosotros, debe su tenor a los redactores sacerdotales; es el final del proceso. Hasta, más o menos, el siglo IV a. de C, tenemos historias, pero no un relato seguido. Todas las genealogías que aparecen en el Pentateuco son sacerdotales, es decir son del siglo IV a. C. Téráj padre de Abraham, con su emigración de Ur a Jarán, la emigración de su hijo Abraham con Lot a Canaán, etc. El haber hecho a Abraham padre de Isaac a Isaac padre de Jacob, a Jacob padre de los doce hermanos, que son los que van a dar lugar a las doce tribus, todo esto no corresponde a la realidad histórica, sino que corresponde a la organización textual del Génesis que realizan los redactores sacerdotales.

La segunda alianza con Abraham incluye la circuncisión; en Gn. 17 Dios le dice a Abraham que se circuncide él y circuncide a todos sus hijos varones: *Este es el pacto que hago con vosotros y con tus descendientes y que habéis de guardar: circuncidad a todos vuestros varones...*

Cuando el texto dice que *Abraham tenía noventa y nueve años cuando se circuncidó*, es un guiño que nos hace el relato; Abraham se circuncida en el siglo IV a. C, que es cuando la circuncisión pasa a ser la práctica fundamental que distingue al judío en su pertenencia al pueblo; para el judaísmo es algo así como nuestro bautismo.

Finalmente a Abraham “se le promete una tierra”; el pueblo exilado en Babilonia va a volver a tener una tierra en Israel. Ahí tenemos el texto de Gn 23 donde Abraham compra la cueva de Macpelá, para enterrar a Sara. Es un relato muy bonito, pero que tiene también un interés teológico: Abraham es propietario de una tierra en Israel, porque la ha comprado; los habitantes de Macpelá pelean con Abraham por regalarle una tumba, le dicen que no se preocupe, que entierre a su mujer en el mejor sepulcro de los que tienen; pero Abraham insiste en comprar la tierra. Esto responde a que el autor quiere transmitirnos la idea de que la tierra le pertenece a Abraham. La posee en propiedad porque la ha comprado.

En resumen: no basta con leer estos relatos de modo ingenuo, sino que es posible ver en cada uno de ellos, por sencillos que parezcan, que en cada ciclo se encuentra recogido mucho del trasfondo de la historia de salvación de Israel. Hay unos intereses sociales, históricos, de pensamiento, teológicos, que se van dejando notar en cada uno de los relatos.

Otra de las relecturas típicamente sacerdotal es el tema de con qué mujer se casan los patriarcas. *No quiero que se case aquí con una Cananea, ve a la tierra de mis padres y allí busca una esposa para mi hijo...* dice Abraham para que busquen una esposa para Isaac. Y lo mismo dice Isaac para que busquen una esposa para Jacob. A partir del siglo IV a. C. Israel siente que necesita la endogamia para mantener la identidad del pueblo porque, si los judíos se casan con mujeres que no son judías y las judías se casan con hombres que no son judíos, lógicamente el pueblo se disuelve y desaparece. Eso que ocurrió de hecho en el siglo IV a. C se traslada a la época de los patriarcas y se cuenta en esta época.

Finalmente, la relectura sobre Abraham llega al Nuevo Testamento. La tesis de la carta a los Gálatas -en este caso la relectura la hace San Pablo- es que el hombre se justifica por la fe y para ello, además de aducir la prueba de que los gálatas poseen el Espíritu Santo, nos cuenta el Midrash de Abraham. *Abraham creyó a Dios y se le contó como justicia* y por lo tanto, igual que a Abraham, Dios lo consideró justo por su fe en la promesa, así Dios nos considera a los cristianos justos por nuestra fe en Jesús. Y así como Abraham tuvo dos hijos, uno de la libre y otro de la esclava, el cristiano es el hijo de la libre que, en sus relaciones con Dios, vive la libertad de los hijos de Dios y no la esclavitud de los hijos de la esclava; porque estas dos mujeres, Agar y Sara representan dos ciudades, la Jerusalén de arriba, la libre y la Jerusalén esclava.

Si en vez de hacer lectura diacrónica a través del tiempo y lo que el tiempo ha ido aportando a las lecturas de Abraham, hubiéramos hecho la lectura sincrónica nos habríamos quedado con que tanto a Abraham como a los otros patriarcas, lo que les toca es creer, esperar y obedecer.

A mi modo de ver, si prescindimos de todo su desarrollo diacrónico, el texto tal y como nosotros lo tenemos, queda empobrecido. Todo este desarrollo ayuda a ver cómo, detrás de todas estas relecturas, hemos ido percibiendo la evolución del pueblo de Israel, que ha esperado que su monarquía iba a subsistir; que ha creído en las promesas de Dios que le otorgaba una descendencia numerosa, que el pueblo no iba a desaparecer; una tierra en la que vivir; y en la actuación de Dios que iba gobernando los acontecimientos, a veces exigiendo al hombre que contribuyera a hacerlos triunfar y, a veces, también por encima de la actuación del hombre.

Muchas gracias

DIÁLOGO

P. *Nos ha abierto unos horizontes maravillosos. Quiero también hacer una pregunta y es ¿Cuánto hay de hecho y cuanto de narración?*

R. Es muy difícil de responder en términos cuantitativos. Yo digo que ha pasado todo, es decir todo lo que se cuenta ha pasado, pero no en el siglo XVIII a. C. que es cuando vivió Abraham sino que ha pasado después. Tenemos que caer en la cuenta de que todo relato, por definición, es posterior al hecho relatado, aunque no sepamos exactamente cuánto.

Los autores bíblicos de los textos narrativos trasladan al pasado un interés del tiempo presente para ellos. En el tiempo de Salomón había que justificar que hubiera llegado a ser rey sin ser el hijo primogénito; y lo justifican diciendo que siempre ha ocurrido lo mismo: entre Esaú y Jacob, es el pequeño el que triunfa; entre Lía y Raquel la pequeña es la guapa...

P. *Una lectura con unos intereses determinados ¿ha influido en la perspectiva teológica posterior?*

R. En realidad, no es que Abraham tenga influencia en Oseas, es que Oseas tiene influencia en Abraham, es decir, en los relatos sobre él. Abraham existe en el siglo XVIII a. C. pero algunas de las relecturas a las que me he referido son de corte profético y tienen que ver con la Alianza. Así, pues, primero existe Oseas, que tiene su experiencia religiosa en la que percibe y expresa la relación de Dios con Israel como la de un esposo amante a la que su esposa –Israel- es infiel y el esposo, Dios, siempre la llama, siempre la perdona, Dios siempre está dispuesto a acogerla de nuevo.

Eso es lo que el profeta predica. Al anunciar que Dios es un esposo siempre amante, y pedir a la esposa que corresponda al amor de su esposo como debe, está invitando a Israel a la libertad, al cumplimiento de la ley, al temor de Dios –en la Biblia temor de Dios es cumplir la ley. Una vez que tenemos al profeta, gracias a su profecía, somos capaces de recontar la historia de Abraham desde esa percepción. Es decir, primero tenemos la experiencia religiosa del profeta, en este caso Oseas, y luego viene el relato sobre Abraham que cuenta esa experiencia. La experiencia profética de Oseas se aplica a héroes del pasado. Por eso digo que es Oseas quien influye en Abraham y no al revés.

P. *La figura de Abrahán ¿no es una figura idealizada colocada en el siglo XVIII antes de J. C?*

R. Hay un recuerdo. El P. de Vaux dominico, gran investigador de la Biblia y arqueólogo en Tierra Santa, cuenta en uno de sus libros que conoció a un muchacho, beduino, que se sabía el nombre de sus 17 antepasados. La gracia está en que el antepasado número 17 era Adán... Este chico guardaba el recuerdo de su padre, sus abuelos, bisabuelos... hasta llegar a Adán, 17 personas.

Algo así pasa en el antiguo Israel; guardan el recuerdo de antepasados, cuyos nombres son Abraham, Jacob, Israel... A lo largo de los siglos se van proyectando

sobre esos antepasados los intereses sociales, de pensamiento y teológicos de etapas posteriores hasta que en el caso del Génesis los redactores sacerdotales le dan la forma definitiva que es la que tenemos hoy.

P. *¿En el Génesis no hay siempre una interpretación sobrenatural o enseñanza divina de cómo dirige Dios la Historia, muchas veces en contra de la lógica humana?*

R. Ese es el concepto de elección; en la teología de la elección siempre es Dios quien elige, es Dios quien decide... Yo he comentado cuatro teologías que se expresan en Abraham: la de la elección y promesa, la de la alianza, la deuteronomista y la sacerdotal. En la primera, Dios guía los acontecimientos independientemente de la voluntad de los hombres, Dios elige, Dios promete, Dios hace lo que quiere. Pero también Dios te llama a que tú hagas, Dios quiere hacer una alianza contigo, Dios es tu esposo y quiere tu amor... En una es mucho más importante el hombre y en otra lo es Dios; lo que hace el deuteronomista es unir los dos. Evidentemente a cada uno le puede gustar más una que otra...

BIBLIOGRAFÍA

- Von Rad, G., *El libro del Génesis*, Salamanca 1977
García López, F. *El Pentateuco*, Estella 2008
Vermaylen, J., *El Dios de la Promesa y el Dios de la Alianza*, Santander 1990
Michaud, R., *Los patriarcas*, Estella 1976
Collin, M., *Abraham* (CB 56) Estella 1987
Vogel, W. *Abraham y su leyenda. Génesis 21,1-25,11*. Bilbao 1997.